

ADELA

En el devenir de la vida, muchos de nosotros hemos podido encontrar a personas extraordinarias, pero lo importante es tener la suerte de poder convivir con ellas y gozar de su amistad.

No es fácil encontrar a estos maravillosos personajes donde se dan cita la bondad, la esplendidez, la tolerancia, la acogida, un enorme corazón y el sentido del humor. Porque todo eso y mucho más es lo que posee Adela, mi amiga de Potries, que parece tener poderes ocultos para atraer sobre ella la amistad y el cariño de cuantos la conocen.

En los años 50, Adelita cogió su guitarra y en compañía de dos excelentes amigos, Jaime y Tonín, emprendió su viaje iniciático por Europa, donde aparte de vivir un cúmulo de aventuras que darían pie para una gran novela, se trajo la riqueza del idioma inglés.

Desde que regresó a Potries, la maravillosa casa de Adela, que lo fue de su padre, un médico ilustrado amigo del arqueólogo Luis Pericot, tuvo siempre las puertas abiertas y en ella encontraron acogida el pintor Wolff, la intrépida Camila, Luba la austriaca que nos descubrió Viena, el escultor Pablo Serrano, el pintor Cosío del Pomar, el sociólogo Pepín Vidal Beneyto, la doctora Svtelana, célebre oncóloga rusa, un monje tibetano que giraba constantemente su molinillo de oraciones, y los más variopintos

personajes de todas las razas y colores que, como aves de paso, hicieron nido en la casa de Adela a mesa y mantel.

Cenar una noche de verano en el jardín de las delicias de Adela es como cenar en el paraíso. El olor a jazmín y a galán de noche, el murmullo del agua que corre por la acequia, la mesa bien surtida de viandas hechas con el cariño que ella pone en todo y los amigos a su alrededor, en una conversación chispeante mientras un cometa cruza el cielo trayéndonos el recuerdo de Salvador y de tantos otros que no volverán a cenar en el jardín de los Fizzi-Contini.

A los días de Adela les faltan horas. Tiene que pintar, leer, oír música, cocinar..... Y al llegar a este punto gastronómico, no puedo menos que recordar las deliciosas trufas que nunca me faltan en Navidad, y las riquísimas mermeladas acompañadas siempre de entrañables versos salidos de su cabeza privilegiada que mantiene en completa actividad.

La casa encantada de Adela continua viva gracias a Bill y Adriana, que ha heredado de su madre toda la magia de sus encantos y el sentido del humor. ¡Que sea por muchos años!

José Miguel Borja